
Salinas y su imperio



Julio Scherer García



OCEANO

Conocí al licenciado Raúl Salinas Lozano, secretario de Industria y Comercio en el gobierno del presidente Adolfo López Mateos. Tenía fama, como su jefe, de apreciar a las mujeres traspasado el lindero a que lo obligaba el cargo. Alguna vez contó que en un viaje de Baja California a la ciudad de México, el presidente le susurró una y otra vez en el doble lenguaje del ensimismamiento y la confidencia:

–El amor, Raúl, el amor.

Y él respondía, también una y otra vez:

–El amor, señor presidente, el amor.

Supe entonces que ya en las postrimerías de su gobierno llevaba serenata a la señorita Angelina Gutiérrez Sadurní y cerraba la cuadra en la que ella vivía para que nada interrumpiera a los tríos que cantaban bajo la luz de las estrellas. A la muchacha la recorría el fuego y había tomado la iniciativa para que el licenciado López Mateos ardiera al mirarla. Una mañana temprano lo aguardó a unos

metros de su residencia en las calles de San Jerónimo. Eran los días de la colecta anual de la Cruz Roja y ella llevaba en la mano un arma inocente: la alcancía de la benemérita institución. Para la fotografía, toda de blanco, acaso le faltaran las flores. A unos pasos se mostraba con irresistible pudor.

Al salir de la casa el presidente contempló el lirio que tenía enfrente y ordenó a su chofer que detuviera la marcha lenta del automóvil. Sonriente, invitó a la hermosa muchacha a su lado, largo el trayecto hasta Palacio Nacional.

Un jefe así alentaba los devaneos del secretario. Recuerdo a Salinas Lozano amable, pero sin encanto, sol de invierno. Lo mejor de él eran sus discursos, que escribía el historiador José Iturriaga. Durante una gira por Europa tuve sospecha del pequeño secreto que los unía. En Alemania, Salinas Lozano se entrevistó con Ludwig Erhard, sucesor de Konrad Adenauer, figura de la posguerra al lado del general De Gaulle. Fueron inevitables los brindis de exquisito lenguaje y las intervenciones enciclopédicas.

—¿Qué hace, don José, que tanto se ausenta? —le pregunté para averiguar lo que no debía saberse.

Bailó el cuerpo suavemente, movió los dedos como si tocara el piano, beethoveniano desde niño y para trascendencia de su biografía de melómano, duro, durísimo de oído. Guiñó un ojo, malicioso.

—Usted sabe —me dijo. Nos conoce. Yo trabajo siempre.

Pasaron los años sin noticia del licenciado Salinas

Lozano. Éramos ajenos. Sin embargo, en momentos casuales nos abrazábamos, fuertes los golpes en la espalda, y nos despedíamos como amigos necesitados de una conversación a fondo. Priísta él, imponía el estilo:

–Te llamo.

–Te busco.

–Estamos en contacto.

Recuerdo el escenario de nuestros encuentros circunstanciales: velorios tumultuosos de políticos en la cumbre.



Fui sombra o no sé qué para el más famoso de sus descendientes. A lo largo del sexenio que presidió, una que otra vez nos reunimos, sus ojos cargados en los míos. Rechazaba el trabajo de *Proceso* y mi presencia le disgustaba. En una crónica extensa Vicente Leñero cuenta la manera como pretendió deshacerse de mí apenas en los orígenes de su ascensión vertiginosa. Escribió:

–¿Cómo podría *Proceso* trascender a Julio Scherer, Vicente?

”Me acalabré de golpe. Sin duda había utilizado mal el verbo ‘trascender’. Hubiera podido decir: ‘desplazar a Julio’, ‘quitarlo de en medio’, ‘derrocarlo’, ‘sustituirlo’, pero trató de ser elegante usando el errático ‘trascender a

Julio'. Desde luego entendí la expresión y me enojó muchísimo que Salinas me tratara como a un Regino cualquiera. Qué se está pensando, carajo.

"Sentí en la cara sus ojos. Las comisuras de los labios oprimían ligeramente sus carrillos para dibujar una muy leve sonrisa, entre irónica y terrible. Soslayé la respuesta, porque me sentía francamente atemorizado."

Algo habría dado yo por sentir en las yemas de los dedos la arteria femoral del poder. Fue imposible. El presidente, rechazado por Vicente, me apartó hasta la agonía de su sexenio trágico.



Viudo de su esposa, viudo de sus amigos, viudo del poder que lo abarcó desde la juventud, desgobernado, sus hijos en el caos, Salinas Lozano no acaba de morir.

Hace unos meses, ajeno a la experiencia que me acechaba, leía por placer algunos comentarios eruditos sobre *La caída*, la obra de Camus. La revivo en su esencia:

El personaje de la historia observó de paso a una mujer a punto de lanzarse al Sena. Siguió de frente y escuchó impávido el golpe del cuerpo contra el agua. Sin volver el rostro para mirar la horrenda quietud que dejaba atrás, continuó imperturbable. Horas después, una nota periodística le informaba del suicidio.

Poco le duró la indiferencia, débil a las suertes del tiempo. La angustia ganó terreno y lo llevó a la desesperación. Regresó al punto exacto de la tragedia y miró hacia abajo, negra el agua del río famoso. No pudo más. “¡Salta —le gritó a la muerta—, salta otra vez para que nos salvemos los dos!”

Pensé en Salinas Lozano. No tenía memoria de alguna declaración suya en defensa airada de su primogénito. Raúl enloquecía en Almoloya, reo de alta peligrosidad sin sentencia, presunto inocente hasta el veredicto del juez.

He sabido de él, apretado en una celda diminuta, sin voz por los métodos bárbaros de la cárcel, y he sabido de su padre afuera, la sangre coagulada, sin oxígeno, callado por su propia decisión. Debía saltar a costa de lo que fuera.



Llamé por teléfono a Adriana Salinas de Gortari y le pedí que me recibiera. Adriana me impresiona: si llora, llora en silencio y sola o acompañada se presenta en los bufetes de sus abogados, en los juzgados hostiles y va y viene a Almoloya y a Dublín. Ha sido señalada con bajeza y sigue adelante. En el naufragio de su familia, se maquilla con esmero y cubre con elegancia. La vida que le queda, la defiende.